

V. Movilidad De La Elite En El Imperio romano *+

Keith Hopkins

I. El Sistema De Estratificación

Roma fue a lo largo del Imperio una sociedad “de clases”, es decir, había distinciones legales de los diferentes estatus. La elite aristocrática era el senado, que en los tres primeros siglos d. d. C. tenía alrededor de seiscientos miembros. Era de esperar que el hijo de un senador fuera a su vez senador, pero también estaba la condición de que cada miembro debía tener una riqueza al menos por valor de un millón de sestercios y debía ser elegido para el cargo. En principio, la elección la hacía el senado, que a su vez nominaba los candidatos, pero a menudo se realizaba directamente por el emperador. La segunda clase era el orden ecuestre (equites), cuya riqueza mínima requerida era 400.000 sestercios. El método formal de entrada era la concesión imperial. Un tercer grupo privilegiado eran los decuriones, generalmente un máximo de 100 en cada ciudad. Su riqueza variaba enormemente, con el tamaño de las ciudades. Debajo de ellos estaba la plebe urbana y el campesinado rural. Judicialmente, en el fondo de la división estaban los libertos y los esclavos.

Los senadores y los caballeros vestían ropajes distintivos, y entre ellos copaban los más importantes y honoríficos puestos de gobierno. Parece especialmente significativo que ambos órdenes dependían de la posesión de un mínimo de propiedades y de ser elegidos. En la aristocracia estos requisitos se reforzaban por la competencia en gastos ostentosos. La principal fuente de ingresos era la tierra; se ha escrito un montón de sinsentidos acerca de los equites como una clase de mercaderes. Las fortunas podían haber tenido su origen en el comercio pero rápidamente eran invertidas en tierra, que era más segura que el comercio y daba mayor prestigio. El profesor A. H. M. Jones ha demostrado que en el Imperio tardío las fortunas por comercio eran pequeñas comparadas con las de los nobles terratenientes¹.

El sistema de estratificación social estaba complementado, e incluso cortado tajantemente, por otros grupos. En el siglo I d. d. C. los ciudadanos tenían importantes privilegios sociales y políticos denegados a los no ciudadanos, aunque en ambos grupos, especialmente entre los ciudadanos, había grandes diferencias, por ejemplo, en riqueza. En el 212, como cúlmen de un proceso prolongado de asimilación, se le concedió la ciudadanía a prácticamente todos los provinciales. Pero ya, y quizás en este preciso momento, se había establecido una nueva división social, más de acuerdo con la estratificación formal. Esta distinguía los humildes, la clase baja, de los honestos, que comprendía a los tres grupos altos y privilegiados de la sociedad, los senadores, los equites y los decuriones y todos los legionarios de cualquier rango, lo que es un síntoma del poder político del ejército.

El proceso de unificación política que marca el Imperio tuvo grandes consecuencias para la movilidad social. El Imperio había sido logrado por los romanos y sus aliados de Italia, que inicialmente habían monopolizado todas las posiciones de alto rango en el gobierno central. Correspondientemente, los provincianos ricos habían sido “conformados” en la época temprana con honores locales o provinciales. Como el gobierno se hizo más centralizado, las esferas de su control se ensancharon, lo que produjo que los provinciales se hicieran ciudadanos romanos y

compitieran por los honores romanos tradicionales. Al final del siglo I, por ejemplo, un hispano era emperador; al final del II lo era un africano, y al principio del III un sirio. La crisis de las continuas invasiones bárbaras en el III invistieron al ejército y a sus oficiales profesionales con el máximo poder. Y éstos rompieron el monopolio de privilegios de la aristocracia senatorial, y de hecho desplazaron a los senadores de todas las posiciones importantes o poderosas.

Bajo Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337), el ejército se duplicó, se impusieron impuestos adicionales, se reforzó muy considerablemente el control burocrático. Bajo Constantino, los aristócratas fueron readmitidos a las altas posiciones, pero el orden ecuestre y el senatorial se fundieron. El nuevo orden producido, los clarissimi, basado en la misma mezcla de herencia y ostentación del cargo o concesión imperial, fue la clase más alta para todo el resto del Imperio. Como los impuestos y la interferencia burocrática se incrementaron, los decuriones tenían cada vez menos opción fuera del sistema de clases: intentaban llegar a senadores (clarissimi). Así, pues, es perfectamente argumentable que la centralización de la administración y la unificación política del Imperio promovieron la movilidad en el siglo IV hasta un grado sin precedentes. La avalancha de leyes contra la movilidad social del siglo IV ha sido tradicionalmente tomada como evidencia de inmovilidad². Pero las leyes eran sólo espasmódicamente reforzadas; su repetición es la mejor evidencia de su fracaso³.

II. Hipótesis Generales

He resumido presuntuosamente los acontecimientos de cuatro siglos en dos páginas. El historiador está en lo cierto al objetar que así he descuidado no sólo numerosas excepciones, sino también importantes áreas de diferenciación dentro de las clases. También podría el historiador sentirse incómodo con la transición desde un análisis formal que coincide con la propia terminología e instituciones romanas (senado, equites, etc.), hasta una interpretación histórica de las presiones que produjeron cambios en el sistema formal. Todas esas objeciones me parecen válidas y oportunas. Oportunas porque es precisamente en estas áreas de objeción donde encontraremos concentrada la movilidad social.

Esta situación surge porque en cualquier sociedad compleja hay varios criterios de estatus; por ejemplo: riqueza, nacimiento, educación, especialización, capacidad, logros, estilo de vida. El sistema de estratificación formal y dominante asume su congruencia, que es que la gente que pasa a ser considerada altamente en base a un criterio o medida, lo será en base a otros criterios o medidas. Hay una fuerte y general creencia en la legitimidad de las jerarquías y una fuerte y general expectativa de que el estatus ha de ser hereditario. Varias instituciones permiten a los niños aristócratas, por ejemplo, el acceso privilegiado a situaciones en las que pueden distinguirse por sí mismos y heredar a sus padres.

La movilidad social, sea hacia arriba o hacia abajo, confunde por su propia naturaleza estas expectativas de estatus heredado y abarca, dominante, el sistema formal de estratificación. Y esto se puede contemplar utilitariamente como un proceso de disonancia o discrepancia de estatus, que es una situación en la que un tipo de gente es catalogada altamente en una o dos dimensiones, pero no en otras. El hombre que asciende, por ejemplo, siendo de una calificación relativamente baja en su

nacimiento, puede adquirir una buena educación formal, una especialización profesional altamente cualificada, y ser triunfador en su profesión. Puede ser relativamente pobre y no serlo en términos iguales de amistad social con nobles de nacimiento. Con el tiempo, puede adquirir también esa amistad y éste es el caso, especialmente si vemos la movilidad como una función de familia más que de individuos. Un nouveau riche puede tener un hijo socialmente más aceptable.

Este proceso ocurrió en Roma tanto como en la moderna Britania, pero existe, creo, una diferencia capital. En una sociedad industrial compleja como la británica, los grupos ocupacionales están de alguna manera aislados los unos de los otros; cada uno tiene sus propios criterios específicos de excelencia; un buen historiador en la sociedad británica por lo general se siente completo si llega a catedrático: rechaza el nacimiento o los ingresos como criterio superior por el que deba ser juzgada su posición respecto a otros estatus. Roma, por otra parte, estaba dominada por su propio sistema de clases dominantes; aquí sí importaba realmente si uno era senador o no lo era. El rango de un hombre (por ejemplo, senador, eques, servus) estaba anotado en las fuentes antiguas en el mismo contexto en que un escritor moderno denominaría su ocupación. Pero aún más, si este sistema formal era el dominante, no era la única fuente de estatus. Hay numerosos ejemplos de senadores o equites que estaban altamente calificados en algunas dimensiones de estatus, pero no en otras. Este es exactamente el punto clave; cuando más diferenciada se hace una sociedad (esto es, cuando más ocupaciones y profesiones se aíslan unas de otras), es posible mayor movilidad; y se hace más posible aceptar o asimilar al socialmente móvil, es decir, al hombre o mujer altamente calificado en alguna dimensión de clase, pero no en otras.

Mis dos primeras hipótesis generales son:

- 1) La 'movilidad social puede verse utilitariamente como un proceso de disonancia de estatus, especialmente en una sociedad con una fuerte idea de estatus hereditario.
- 2) La movilidad social fue un producto de la diferenciación estructural de instituciones (por ejemplo, burocracia, ejército, ley).

La tercera hipótesis general se refiere a los procesos del trabajo de unificación política del Imperio. Dicho escuetamente, un elemento capital de este proceso fue la tensión o conflicto primeramente entre el emperador y la aristocracia, y después entre cada una de estas dos partes y las instituciones estructuralmente diferenciadas. A pesar de la masiva evidencia de Tácito, Suetonio, Dión Casio y los *Scriptores Historiae Augustae*, hay entre los modernos historiadores una tendencia a minimizar el conflicto y, naturalmente, es difícil o imposible probar su importancia. Este no era ciertamente el único factor. Pero igualmente escritores antiguos de importancia pensaron que el conflicto era considerable, y ciertas formas de movilidad social pueden ser comprendidas más fácilmente en estos términos, como demostraré.

Así también propongo como hipótesis que:

- 3) Ciertos modelos de movilidad pueden ser mejor comprendidos como el producto del conflicto entre el emperador y la aristocracia, y entre cada una de estas dos partes y las instituciones estructuralmente diferenciadas.

4) La resistencia a la movilidad ascendente fue disminuida por la movilidad descendente de la aristocracia, y su falta de reemplazo biológico.

En lo que queda de este trabajo explicaré e ilustraré estas propuestas de trabajo.

III. Diferencia Estructural Y Disonancia De Estatus

En la Roma primitiva, es decir, antes del 300 antes de Cristo, los principales magistrados eran nobles encargados de las acciones militares, civiles, religiosas, judiciales, legislativas y ejecutivas. La aristocracia era el punto de más virtud. Su orgullo era la nobleza de su nacimiento y sus antepasados; sus expectativas eran hereditarias. Tenía casi el monopolio del poder. Estaba protegida de los advenedizos por instituciones, pero donde éstas fallaban siempre podía basarse en un omnipresente sentimiento de superioridad por "naturaleza" o por "sangre". ¿Por qué otra creencia puede la aristocracia colocarse aparte, cuando no están muy bien definidos los límites técnicos de los deberes de un aristócrata? La defensa final es la defensa contra la aceptación; el arriviste es catalogado con el hostil estereotipo de nouveau riche.

Como Roma se extendió hasta ser un vasto imperio con una población de unos 50 millones (siglo I d. d. C.), la complejidad del gobierno y su centralización bajo los emperadores trajeron consigo, por ejemplo, la separación de las instituciones militares, burocráticas, legales, educacionales y económicas. Se puede trazar la línea de crecimiento de un ejército profesional, la separación de los militares de las carreras burocráticas civiles, la creación de rangos burocráticos, la codificación de las leyes, la creación de escuelas jurídicas, el establecimiento de la educación subvencionada por el erario y de una producción capitalista de mercado.

Las diferencias de estas varias actividades crearon nuevas profesiones, nuevas carreras, nuevos criterios de estatus. Cada profesión tenía sus propios criterios de excelencia, sus propias reglas de entrada y ascenso. La aristocracia no podía monopolizar todas las cualificaciones profesionales ni copar todas las posiciones importantes del ejecutivo. Para hacer esto tendría que sacrificar su ocio, tan valorado, y sus placeres metropolitanos. Al mismo tiempo, si la aristocracia no estaba dispuesta a convertirse en el plácido reflejo de un pasado glorioso, y sólo eso, tenía que mantenerse al tanto de todos los nuevos elementos de la sociedad, cada vez más compleja. La aristocracia ya era conocida como "la mejor parte de la raza humana", "la flor del mundo entero"⁴. Era también idealmente, y a menudo realmente, el elemento más rico, y el más letrado de la sociedad, y se ocupaba de los más altos cargos y los más responsables mandos militares. A causa de todo esto, sobrevivió como el supremo estatus. Y a causa de esto, también abrió sus filas a los arrivistas. Una aristocracia puede permanecer exclusiva únicamente con tal de que dependa de la cuna; cuando admite criterios complementarios de logro social, como dinero o cualificación profesional, abre el camino a los arrivistas. Si la aristocracia necesita ser letrada, los hombres, de letras tienen un crédito que les permite disfrazarse de aristócratas. Si los aristócratas quieren ser generales, los generales que quieren ser aristócratas tienen una posibilidad por la que pueden elevarse a la aceptabilidad. Esto no quiere decir que todos los hombres de letras o jefes militares eran igualmente aceptables o aceptados como iguales por los aristócratas. Lejos de esto. Pero al menos podemos ver que la movilidad social es un proceso de adquisición gradual de un

estatus en una variedad de frentes; y el proceso se hace mucho más fácil si los aristócratas quieren igualmente adquirir estatus en un número de frentes.

Los modelos de movilidad, es decir los modelos de adquisición de marcas de estatus altamente valoradas, no eran todavía en absoluto casuales. Había unos pocos canales de movilidad que parece fueron los más a menudo usados. Los discutiré aquí brevemente: la esfera de las letras y la militar. Tradicionalmente la aristocracia se ha visto a sí misma como una serie de héroes de guerra compitiendo por la gloria del conquistador, naturalmente para beneficio de Roma. Su cúlmen era la concesión de un triunfo. Cuando el gobierno llegó a estar bajo control de un solo emperador, tales persecuciones de gloria a través del mando unificado de un ejército presentaron una amenaza a la posición del emperador. La victoria, como anotó Tácito, era una virtud a la medida de un emperador. Sin la esperanza de un triunfo, una carrera militar tenía tradición sólo para ser recomendada a un senador; era parte de la carrera normal de un senador tomar el mando de unidades militares un par de veces por un corto período de tiempo. Más aún, los ejércitos estaban estacionados en las fronteras, y era muy poco rentable ser un aristócrata permanentemente estacionado lejos de Roma⁵. Los oficiales profesionales de larga duración, formalmente subordinados a los mandos senatoriales, no eran nunca aristócratas. Cuando los bárbaros, en el siglo III, estaban invadiendo continuamente, parece ser que la necesidad y la demanda técnica de victorias excluían del ejército a los aristócratas amateurs, o más exactamente, que los grupos profesionales de suboficiales estaban en posición de rechazar a sus comandantes aristócratas. Ciertamente lo hicieron; por ello, desde la mitad del III, los aristócratas fueron excluidos primero de los cargos militares, y luego de otros importantes puestos de gobierno.

La cualificación literaria era parte y ocupación de la vida diaria de la aristocracia; era utilizada como un refuerzo secundario de la naturaleza aristocrática. Era una marca de brillo escribir con buen estilo y de forma alusiva. Los que enseñaban a los nobles, y especialmente los que ayudaban a los nobles adultos a mantener sus conocimientos literarios, con la práctica podían pasar por aristócratas. Libanio, por ejemplo, un profesor de retórica en Antioquía en el siglo IV, fue nombrado prefecto del pretorio honorario, una posición muy alta; y hay varios casos similares. Un estudio de 34 profesores de Burdeos en el siglo IV nos muestra que por lo menos 12 estaban ascendiendo socialmente, que llegaron a ser profesores en las capitales, Roma o Constantinopla, se casaron con esposas ricas o nobles u ocuparon gobernaciones provinciales⁶. Mientras los literatos eran más atractivos a los aristócratas que los generales, cualificados pero aburridos, también es cierto que tenían menos poder para forzar su camino a las altas esferas.

Ambos, los literatos y los oficiales militares estaban sujetos a pruebas públicas de competencia, los unos en exhibiciones retóricas, los otros en las batallas. No es que los aristócratas fueran incompetentes per se en estos campos, pues algunos eran claros maestros en estilo literario, como Tácito o Gelio. Pero la mayoría de ellos no tenían el genio suficiente para adquirir competencia profesional. Si uno es superior por naturaleza, es bueno sin aparentar intentarlo.

El genio aristocrático presidía la elite romana. Incluso las profesiones ahora diferenciadas (por ejemplo, la militar, la legal, la literaria) estaban en deuda con su alto estatus por el hecho de que en los viejos tiempos sus mejores o únicos partícipes eran aristócratas. Pero en ocasiones el profesionalismo superaba el genio aristocrático. Y esto sucedió en las esferas militar y burocrática

en el siglo III. Aunque todavía se puede apuntar la exclusión de la aristocracia de las esferas militar y burocrática en este tiempo, y llamar a esto victoria del profesionalismo, el final de la historia apunta a otra moraleja. Porque Constantino repescó a los aristócratas para las altas posiciones, y al igual que sus predecesores recompensó a los equites (no aristócratas) en términos del tradicional sistema de honores. La legitimación del emperador era demasiado insegura, incluso cuando era el general en jefe, para permitirse el lujo de ignorar el poder social de los aristócratas o el tradicional sistema de honores. No había posibilidad de revolución basada en una burguesía profesional.

Tales burgueses, que los había, estaban demasiado imbuidos del sentido de superioridad aristocrática y querían ser recompensados siendo convertidos en aristócratas. No es sorprendente que el gobierno militar del final del siglo III capitulara ante los aristócratas, incluso si el sistema aristocrático estaba comprendido parcialmente por aristócratas y particularmente por generales ennoblecidos. El conjunto social estaba presidido por esquemas que daban más importancia a los lazos personales que a los logros objetivos profesionales. El conflicto entre estas dos categorías se puede ver en las regulaciones de la provisión del cargo del prefecto del pretorio, por ejemplo, que insistía en el conocimiento legal como un requisito previo para el acceso, pero también en la prioridad y el privilegio de los hijos de los juristas⁷.

Las explosiones de profesionalismo eran la excepción; la regla era una victoria del espíritu de aristocracia, en una de dos maneras. Primeramente, los aristócratas, a pesar de ser sólo aficionados, encabezaban o dirigían las instituciones profesionales. Llevaban la mayoría de los más altos cargos de gobierno, comandaban los ejércitos, escribían bellos *lettres*, historia y filosofía. En segundo lugar, copaban el número de profesionales ambiciosos. Sabemos muy poco de la forma en que se mezclaron los profesionales y los aristócratas, pero es casi seguro que no fue de igual a igual. Lo que sobrevive es el cruel estereotipo del escalador social y la tendencia silenciosa de una ideología de que la capacidad debía ser reconocida. En lo que concierne al rango social, los generales, juristas, literatos y financieros eran promovidos al senado.

IV. La Movilidad Social Como Función Del Conflicto Político

Justo antes de morir, Augusto, el primer emperador, pasaba revista a los posibles contendientes al trono. "Todos los mencionados, excepto uno, pronto fueron derribados por uno u otro cargo, a instigación de Tiberio [su sucesor]". Domiciano, emperador en el 81-96 d. d. C., invitó a cenar a los principales dirigentes del senado, y llegaron para encontrar cada lugar decorado con una lápida con el nombre del invitado grabado, en una sala decorada como una tumba; los sirvientes eran muchachos de raza negra y la comida era la que tradicionalmente se ponía a los muertos. Sólo se escuchaba la voz del emperador, y los huéspedes estaban temiendo por sus vidas⁸. Hay que admitir que fue una macabra extravagancia, pero los ejemplos de hostilidad entre el emperador y la aristocracia senatorial son innumerables. Muchos emperadores, al acceder al trono, juraron no matar a ningún senador, o al menos no sin un juicio imparcial, pero pocos, si alguno lo hizo, mantuvieron su promesa.

Los historiadores, antiguos y modernos, generalmente se han concentrado en los aspectos de comportamiento que diferencian a los emperadores unos de otros, y han intentado explicar los

asesinatos o persecuciones de aristócratas en función de la psicopatología del emperador. Nerón, Domiciano, Cómodo y Heliogábalo dieron una considerable justificación a tal enfoque. No obstante, a un diferente nivel de análisis parece apropiado ver a todos los emperadores como autocráticos, como enfrascados necesariamente en una lucha por el poder con la aristocracia. El miedo de los aristócratas a la desgracia o al asesinato proporcionaban parcialmente su rebelión, o el miedo de la rebelión propiciaba que el emperador asesinara a los aristócratas o confiscara sus propiedades. El mismo conflicto es visible en otras esferas. Por ejemplo, la limitación de la rapaz explotación de las provincias por parte de gobernadores aristocráticos era una medida en favor del emperador. Esto se puede usar como paradigma. Por tradición, el emperador usaba aristócratas como gobernadores, pero en su propio interés y en el de los provinciales, limitaba su poder.

Las técnicas e instituciones que emplearon los emperadores en respuesta a este conflicto, trajeron como consecuencia una movilidad social. En primer lugar, desde el momento en que era el ejercicio aristocrático del poder lo que amenazaba la supremacía del emperador, el emperador podía emplear, como lo hizo, no aristócratas en los puestos de poder. En segundo lugar, los emperadores ayudaron al desarrollo de instituciones diferenciales. Estas producían la aparición de grupos de interés, que limitaban el poder aristocrático (por ejemplo suboficiales profesionales en el ejército). De la misma manera, las instituciones diferenciales dependían de reglas burocráticas, por ejemplo, o de instituciones legales o normas (por ejemplo, la creencia de que las leyes eran válidas y habían de ser obedecidas), que también limitaban el poder aristocrático. Estas instituciones diferenciales, como hemos visto, también proveyeron canales para la movilidad social hacia arriba. En tercer lugar, los emperadores estaban interesados en la explotación máxima o uniforme del Imperio, y de ahí los censos, por ejemplo, y el control burocrático de la recogida de impuestos. Para los emperadores, los privilegios de los romanos o italianos, que eran la base original del Imperio, se volvieron menos importantes que su unificación política y administrativa. Por esas tendencias centralizadoras, el acceso a la maquinaria burocrática se convirtió en la mayor fuente de poder por encima del estatus por nacimiento en sí mismo. Se puede ver este proceso en la expansión de la ciudadanía romana, en la reducción de Italia al estatus de provincia ordinaria, y en la creación de una aristocracia cuyo rango descansaba formalmente en la obtención de un cargo burocrático. Esto traía consigo movilidad en la asimilación de los provinciales al sistema romano de honores. En las próximas tres secciones del trabajo ilustraré este proceso.

El empleo de los no aristócratas en posiciones de poder

En el siglo I d. d. C. algunas de las más altas posiciones administrativas del Imperio y algunas de las más grandes fortunas jamás acumuladas en Roma estaban en manos de ex esclavos, los notorios libertos imperiales. En el Imperio tardío, en los siglos IV y V, se tiene conocimiento de que había en el centro del poder eunucos de corte, que eran ex esclavos y bárbaros⁹. El jefe de los eunucos, ex officio, estaba catalogado después del prefecto y de los más altos generales. Si consideramos a los libertos y a los eunucos como grupos, más que como individuos, la continuidad es demasiado grande para ser explicable sólo en términos de las características del emperador. Los eunucos poderosos eran odiados por los aristócratas, y a menudo sacrificados a sus mastines, exilados, incluso incinerados, sólo para ser sustituidos por otros eunucos.

Los libertos imperiales y los eunucos de corte proporcionan dramáticos ejemplos de movilidad ascendente. Su elevación es más fácilmente explicable en términos del conflicto entre el emperador y la aristocracia; pues la aristocracia estaba rabiosa por su poder, mientras los emperadores, que difícilmente podían ser ignorantes de este odio, los usaban a su servicio frecuentemente. La explicación convencional de que los libertos tradicionalmente hacían tales trabajos en las familias romanas muy amplias es muy escasamente una explicación suficiente; no explica la transición de libertos a equites.

Desde aproximadamente el comienzo del siglo II, los libertos imperiales en la administración de palacio eran supervisados por equites, que también ostentaban la dirección del servicio fiscal imperial. Los equites estaban igualmente al cargo del altamente centralizado gobierno de Egipto. Efectivamente, a ningún senador se le permitió visitar Egipto sin un permiso especial. Las tropas de choque estacionadas cerca de la corte o en la corte estaban comandadas también por equites, y este cargo, la prefectura del pretorio, se convirtió de un mando militar a casi el puesto de vice-emperador, con amplios poderes administrativos, judiciales y de supervisión. Pero antes del siglo IV, cuando los órdenes ecuestre y senatorial estaban amalgamados, este puesto nunca fue ostentado por un senador; incluso en el siglo IV, los prefectos del pretorio eran a menudo hombres de origen humilde.

Los emperadores usaban hombres de baja extracción en los puestos claves de la administración porque no estaban identificados con los intereses de la aristocracia, porque su movilidad los hizo más dependientes del emperador, e incluso estrechamente ligados a él, y porque no podían ser fácilmente asimilados a la aristocracia. A este respecto es fácil comprender que los eunucos se las arreglaron para ocupar tales posiciones tácticamente importantes entre los servidores de palacio. Así, pues, otros, al igual que la mayoría de los emperadores, también estaban influenciados por el sistema de honores existente. Y estos otros ven las recompensas en términos de ennoblecimiento. Los libertos se hicieron pretores, a los prefectos ecuestres se les dio la insignia de cónsules¹⁰. Formalmente, aunque incluso no lo fuera en sus asociaciones, se habían hecho aristócratas. Sus hijos podían no ser del mismo valor a los emperadores que sus arrivistas padres.

No eran sólo los individuos los que eran asimilados a la aristocracia. Los muchos canales de movilidad pasaron por el mismo proceso; los escaladores escalaron y dejaron levantadas las escalas detrás de ellos. Por ejemplo, los secretarios del gabinete imperial al principio del siglo IV eran amanuenses, y eran, tal como dice su especialidad, de origen humilde. Su acceso a los secretos de estado propició que los emperadores los usaran en misiones privadas y de importancia. Ganaron prestigio, y como grupo ganaron privilegios. Su trabajo ahora se volvió posible y atractivo para los aristócratas. Al final del siglo IV era una sinecura aristocrática que no requería especialización¹¹. Algo de proceso semejante, la revalorización de un trabajo porque daba acceso al poder ocurrió con el desplazamiento de los libertos por equites.

Las instituciones diferenciales

Es, naturalmente, muy difícil investigar la política consciente de los emperadores. Ciertamente ayudaron al desarrollo de instituciones, por ejemplo, estableciendo cátedras profesoras con fondos estatales o empleando juristas como consejeros legislativos o judiciales. Pero esto podría

llevar a ver esta postura como dictada exclusivamente por un deseo de controlar a la aristocracia más que por las complejas necesidades de organización de un vasto imperio. Ya hemos visto cómo, las instituciones diferenciadas proporcionaron nuevos criterios de estatus y nuevas carreras. Lo que nos concierne aquí es especificar que las leyes y reglas burocráticas, al igual que las prácticas burocráticas y de corte (por ejemplo, la recogida de impuestos) sirvieron también para controlar a los aristócratas. Pero además de proporcionar un elemento extra de poder que el emperador podía utilizar en su batalla contra los aristócratas, estas instituciones proporcionaron fuentes de poder que lo limitaron y que buscaron el control. Los emperadores hacían leyes, pero no podían romperlas muy a menudo sin robar al sistema legal algo de su poder. Tenían que lograr más dinero por impuestos antes que por confiscación. Estaban cogidos por el sistema que ellos mismos habían ayudado a levantar. Un ejemplo de esto se puede ver en su ambivalencia sobre la promoción dentro de la burocracia. Ellos habrían querido la promoción por méritos, pero esto quizás habría abierto el camino a estimaciones de talento subjetivas (es decir, nepóticas o patronales), y quizás incontrolables por parte de sus subordinados. Así, pues, de todas maneras, los emperadores favorecieron la ambigüedad como principio de promoción; encontraron constantes presiones para lograr un tratamiento especial para abaratar los privilegios y para crear puestos extra. Los cargos se aseguraban de antemano e incluso eran vendidos por los supernumerarios¹². Había entonces una presión consistente hacia el privilegio hereditario, hacia la estabilidad e incluso la inercia. El sistema era atacado esporádicamente por emperadores enérgicos, o zarandeado por las caprichosas promociones de sus favoritos. Pero es equivocado decir que el sistema fuera derrotado; la tendencia a la inercia y el capricho esporádico eran en sí mismos elementos del sistema.

La unificación política del Imperio

Una de las fuerzas primarias que produjeron la unificación política del Imperio fue la creciente interferencia burocrática en ciudades anteriormente autónomas. Los líderes municipales tenían conciencia de que sus posibilidades de resistir la explotación de la burocracia central, al igual que su posición social respecto a los representantes de esta burocracia, dependían de su situación en el sistema romano de honores. No bastaba ser miembro dirigente de una comunidad local sin nada además de una posición local.

Ciertamente los dirigentes provinciales fueron gradualmente asimilados a la aristocracia romana. De acuerdo con los valores culturales prevalecientes era más fácil para los provinciales latinizados que para los helenizados ser aceptados. Las cifras de los senadores conocidos son terminantes: al final del siglo I d. d. C. (en tiempos de Domiciano), el 23 por 100 eran de origen provincial; hacia la segunda mitad del siglo II d. d. C. (en tiempos de Antonino Pío), el porcentaje se había elevado al 42 por 100; para el siglo III era ya del 65 por 100¹³. Estas cifras dan una idea bastante fuerte del grado en que la aristocracia italiana no era hereditaria de hecho. En el siglo IV, las tasas de movilidad parecen haber aumentado. Como el control burocrático había alcanzado una densidad sin precedentes, se hicieron patentes las desventajas positivas de quedarse sólo en decurión municipal (la vieja tercera clase). Los decuriones empujaban pugnando por entrar en el amplio primer grupo, los clarissimi, o en la extendida burocracia.

Sólo ocasionalmente se pueden ver trazas de conflicto entre la aristocracia y el emperador en este tipo de movilidad. La elevación de Galo por el emperador Claudio (45-54) y de Panoniano por

Valentiniano I (264-76), obviamente hicieron montar en cólera a la nobleza atrincherada y se intentaron obviamente como una brecha en una serie de intereses establecidos¹⁴. Pero la asimilación de los líderes provinciales se llevó a cabo en su mayor parte gradualmente y sin altercados. Esta asimilación forma uno de los modelos más importantes de movilidad de la elite romana, aunque es significativamente diferente de lo que generalmente se entiende por movilidad. Porque estos hombres eran en su mayoría de "buena familia" y alta posición dentro de un sistema de estatus local o provincial; no incrementaron sus fortunas tanto como cambiaron su punto de referencia desde sus localidades hasta el Imperio.

El pequeño alcance de su movimiento social debe haber hecho algo más que eliminar las obstrucciones aristocráticas. Los ejemplos más dramáticos de movilidad social llaman la atención y son de gran significado político: los libertos imperiales ecuestres en el siglo I, los soldados emperadores en el siglo III, los prefectos del pretorio, los innovadores de la burocracia como Juan el Capadocio, son ejemplos notables. Pero la forma dominante de movilidad es a priori verosímil que haya sido el movimiento de los dignatarios ricos ecuestres o provinciales hasta la aristocracia baja, y de ahí quizá a más altas cotas. Más a menudo debió haber sido el salto lento de una familia a través de generaciones, no el chocante salto de individuos. Ciertamente esta movilidad gradual existía sin el soporte de ninguna ideología mayor para el avance. Hay posiciones ocasionales que aprecian más la capacidad que el nacimiento, pero la ideología dominante consideraba el nacimiento noble, la sangre y la naturaleza sobre todas las demás cosas. El escalador rápido ganaba estatus formal, pero era excluido de la asimilación por el estereotipo de *nouveau riche*.

V. Factores Demográficos

He intentado mostrar que había una firme y significativa corriente de movilidad en la aristocracia romana. Esto incidió parcialmente en su expansión; en parte sus efectos fueron silenciados por la baja fertilidad de los aristócratas romanos¹⁵. Augusto ofreció recompensas a los aristócratas con tres hijos y los emperadores tardíos promulgaron esta ley. Hay cantidad de evidencia de que los aristócratas veían el límite de tres hijos como el máximo o como una cota no aconsejable de alcanzar. Esta cifra tan baja se lograba la mayoría de las veces por aborto, muchas menos por contracepción y quizá por infanticidio. Dada la gran mortalidad entonces prevalente, tres niños nacidos era bastante inferior al nivel de reemplazo de la anterior generación. Así, pues, como las familias aristocráticas se extinguían, los puestos otro tiempo ocupados por ellas eran accesibles a los arrivistas.

A pesar de ello la sucesión en línea directa de varón era altamente apreciada, así que la baja fertilidad aristocrática necesita alguna explicación. Pudo ser una tentativa de cuestionar el sistema de herencia; por este sistema era de costumbre en Roma repartir la propiedad más o menos igualmente entre los niños sin fijarse en el sexo. Más de dos niños supervivientes a la muerte de su padre podría resultar una merma en la riqueza de estos niños. Pero Lorimer ha demostrado que ni la primogenitura ni la herencia partible tienen un efecto definitivo per se en los niveles de fertilidad¹⁶. Esto no significa decir que la estructura de herencias es irrelevante, sino más bien que no puede explicar por sí misma la baja fertilidad.

Vale la pena mencionar otros varios factores influyentes, aunque no hay un medio cierto de asegurar su importancia relativa. Primeramente, los aristócratas romanos estaban enfrascados en una dura lucha de gastos ostentosos.

Esto supuso la caída de algunos; hay varias referencias a patricios empobrecidos. La ostentación o la riqueza de otros despertó los celos o el temor de los emperadores. Así, pues, para algunos la necesidad de gastos derivaba en limitación de hijos, porque los niños eran caros. A las niñas había que darles dotes a medida de la posición de sus padres. Los hermanastros son casi desconocidos antes de tiempos cristianos (siglo IV). Los hijos tenían que ser introducidos en la vida pública, y los juegos para celebrar su primer alto cargo a veces costaban la totalidad de los ingresos de un año de un aristócrata, o a veces incluso el doble¹⁷. En segundo lugar, las formas socialmente aprobadas por las que un aristócrata podía hacer dinero se reducían a herencia, la dote y el cargo de gobierno. Esto no era regla inflexible, pero sí práctica general. La típica tenencia de un cargo de gobierno era insuficiente. Esto iba en interés del emperador, porque quería restringir el poder aristocrático; y estaba de acuerdo con el ideal aristocrático de *otium cum dignitate*. En tercer lugar, las mujeres de la aristocracia tenían suficiente poder social, por ejemplo, el control sobre su propiedad y derecho de iniciar su divorcio o ser capaces de rehusar tener hijos. Vivían en una competitiva cultura de salón y no querían echar a perder su figura con un alto número de hijos. Por último podemos, con el beneficio de las estadísticas modernas y de los conceptos estadísticos, hablar de tasas de mortalidad y expectativa de vida en el momento de nacer; tales conceptos no estaban al alcance de los romanos. Veían la muerte como algo caprichoso. Si uno tenía cinco hijos podrían sobrevivir todos y la familia hundirse en la escala social o arruinarse. Emilio Paulo, por ejemplo, tuvo cuatro hijos. Mientras eran aún jóvenes los dio en adopción a familias nobles. Los dos hijos suyos que permanecieron con él murieron prematuramente. Muchos nobles tenían un solo hijo y preferían arriesgar, su supervivencia antes que tener más y arriesgar su supervivencia y el correspondiente descenso de la riqueza y el estatus de la familia. Cualquiera que fuera el resultado en casos individuales, el resultado para la aristocracia en su conjunto fue la continua mengua de su número.

VI. Resumen

Puede ser útil un breve resumen. Hay poca evidencia cuantitativa de movilidad social en Roma. En este trabajo he intentado un análisis estructural de algunos aspectos de la movilidad de la elite. La tarea se ha hecho más simple porque Roma tenía un sistema de estratificación de clases, con distinción legal entre los estratos. De acuerdo con esto los romanos esperaban un alto grado de congruencia en los estatus. La movilidad social puede ser contemplada utilitariamente como un proceso de disonancia de estatus, esto es, un proceso en el que el que asciende se califica altamente en algunas dimensiones de estatus, pero no en otras. Esto a su vez plantea el problema de su aceptabilidad por la elite. He intentado explicar las posibilidades en aumento de tal aceptación cuando unas instituciones diferenciadas o especializadas sustituyen a las indiferenciadas: por ejemplo, las, escuelas o el ejército. Tradicionalmente, sea mito o realidad, la aristocracia romana había venido siendo buena para todo lo que le concernía. Los aristócratas se esforzaron en vivir con arreglo a su ideal y a unos logros reconocidos; y así abrieron el camino para la asimilación de los que se movían hacia arriba.

Los logreros no eran en absoluto inmediatamente aceptados, y algunos de estos hombres fueron usados por los emperadores en su rivalidad con la aristocracia establecida. Tal pugna parece una función de la autocracia. La objeción a los escaladores pudo haber sido mayor si no fuera por dos factores. En primer lugar había una reserva de provincianos ricos de "buena familia" que se asimilaron a la vieja nobleza conforme el imperio se hacía más y más una unidad política. En segundo lugar, la vieja aristocracia dejó plazas vacantes en parte por su propia movilidad social descendente, pero más por mantener el número de hijos por debajo del nivel de reemplazo de la generación anterior.

Notas

* Del núm. 32 (1965).

+ Me gustaría agradecer su ayuda al Dr. M. T. Finley, al Profesor A. H. M. Jones y al Dr. A. N. Little.

1 A. H. M. Jones: *The Later Roman Empire* (Oxford, 1964), pp. 870-1.

2 Cf. p. ej., O. Seeck: *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Berlín, 1901), II, p. 301.

3 Una colección de casos de movilidad ascendente, escogidos al azar, se puede encontrar en R. McMullen: "Social mobility and the Theodosian code", *JRS*, LIV (1964), páginas 49-53.

4 Simaco: *Epist.*, I.52; *Paneg. Lat.*, IV.35.2.

5 E. Birley: "Senators in the Emperor's service", *PBA*, XXXIX (1953), pp. 207-8.

6 M. K. Hopkins: "Social mobility in the later Roman empire: the evidence of Ausonius", *CQ*, XI (1961), pp. 246-7.

7 *Classical Journal*, II.7.11(460).

8 *Tac.: Ann.*, I.13; *Dión*, LXVII.9.

9 A. M. Duff: *Freedmen in the Early Roman Empire* (Cambridge, 1958); M. K. Hopkins: "Eunuchs in politics in the later empire", *PCPS*, CLXXXIX (1963), pp. 62 y ss.

10 Cf. A. Stein: *Der römische Ritterstand* (Munich, 1972), pp. 245 y ss.

11 Jones: *Op. cit.*, pp. 572-4.

12 *Ibid.*, pp. 602-6, especialmente núm. 94.

13 M. Hammond: "Composition of the Senate A. D. 68-235", *IRS*, XLVII (1957), p. 77.

14 *Tac.: Ann.*, I.1.23; *CIL*, XII, 1668. A. Alföldi: *A Conflict of Ideas in the Later Roman Empire. The Clash between the Senate and Valentinian I* (Oxford, 1952), pp. 13 y ss.

15 Las evidencias detalladas y el argumento de esta parte del trabajo están tomadas de M. K. Hopkins: "The later roman aristocracy: a demographic profile", discurso de toma de posesión del cargo del profesor del King's College, Cambridge, 1963, sin publicar.

16 F. Lorimer et al., Culture and Human Fertility (Unes-co, París, 1954), p. 165.

17 Olimpodoro, frag. 44 (FGH, IV).